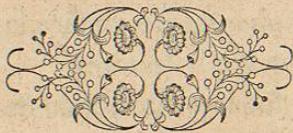


Dado este aviso á mis lectores, me resta hacerles ademas dos advertencias. La primera es, que cuando algunas veces alabo la libertad civil de imprenta, no entiendo la licencia desenfadada con que la usan algunos escritores, sino mas bien el derecho que ahora gozamos de ventilar y fijar en sus justos límites las regalías, esentos del terror que inspiraban antes las leyes sobre esta materia, enteramente opuestas á la independenciam de la Iglesia.

La segunda, que las citas de la Coleccion de Concilios, tantas veces hechas en el curso de este libro, se remiten á la edicion del Padre Labbé del año 1728 en Venecia.



SECCION PRIMERA.

ARTICULO I.

Carácter político del luteranismo.

ENTRE los muchos y lamentables perjuicios que causó en Europa el genio turbulento de Lutero, ha pasado sin ser apercibido de los filósofos y escritores mas ilustres el de la introduccion del despotismo, de cuyo origen y ulterior progreso me propongo hablar en este ensayo. No se me oculta, que hallándose el anuncio de mi programa en manifiesta oposicion con las ideas generalmente admitidas, se resistirá á muchas personas leer con recomendacion mis reflexiones, graduándolas desde luego como una paradoja, contra las que sin embargo deberán templar su encono, considerando que en la época presente es preciso prepararnos para encontrar en cada investigacion mil especies diferentes de las que nos habian alucinado en otros tiempos. Desde que la razon, emancipada del ignominioso yugo del filosofismo y apoyada en la experiencia, se desenvuelve con energía y libertad en el estudio de las ciencias físicas y morales, es innegable que descubre agradablemente á cada paso horizontes estensos y admirables, que iluminados con la antorcha de la fé, aumentan los conocimientos humanos, los rectifican, pulen, fijan, y los adornan de un esplendor vario y permanente que corona su brillante triunfo.

Cuarenta años hace, mas ó menos, que los principales sábios de la república literaria, absortos al contemplar los testimonios indelebles que salen como á porfia á proclamar la religion donde quie-

ra que ecsaminen á la naturaleza, se han convencido íntimamente de que está tan lejos de oponerse la revelacion al vuelo de sus ingenios, que bien al contrario les sirve de fanal en las tinieblas. Antes de ahora bastaba que la palabra de Dios apareciese en contradiccion con las primeras nociones de las ciencias físicas y naturales, para que al instante se empeñasen con mayor ardor los profesores en ecsagerar las dificultades, con el objeto de formar argumentos contra la Escritura, de cuyo ímprobo trabajo no sacaban mas fruto que perder de vista el principal punto de sus investigaciones, y enredarse en un laberinto de sofismas. En la actualidad por el contrario, la generacion maestra y estudiosa que se consagra á las ciencias, luego que advierte en el desarrollo de sus teorías algun aserto que se halla en pugna con la palabra de Dios, hace alto en su marcha, se detiene, medita, profundiza, reforma, vuelve atrás, y sentando bajo otras bases su sistema, da en el hito, por decirlo así, de la invencion, y se enriquece con un nuevo descubrimiento. Los enciclopedistas, por ejemplo, confiados en sus propias fuerzas y cerrando sus ojos á la fé, leyeron en el Pentateuco la creacion de la luz antes que el sol, y reputando por un absurdo la narracion de Moisés, jamas supieron explicar la claridad del dia. Los filósofos modernos, mas juiciosos y prudentes en sus raciocinios, respetando como deben el testo de la Biblia, se propusieron profundizar imparcialmente la materia, y á fuerza de experimentos analíticos conformes con la geognosia, corre con aplauso en todas las academias la nueva teoría, segun la que el sol no es mas que el simple motor de la sustancia luminosa.

Aun hay contrastes mas notables. En vano en algunas ocasiones figuraban las demostraciones matemáticas en armonía con las santas Escrituras, pues el espíritu de contradiccion dominaba á los incrédulos en tales términos, que bastaba la mas vaga ilusion y la mas estravagante conjetura para perturbarles el cerebro y precipitarles en los errores mas crasos y vulgares: véase una prueba. Ya hacia tiempo que el gran Newton, meditando sobre la cronología y la ponderada antigüedad de los egipcios, habia descubierto con facilidad que graduando sus 341 reyes desde Menés á razon de 20 años por reinado, en vez de 33 que ellos señalaban, computando por generaciones, quedaba reducida su cronología de 11.340 años á la mitad de su periodo. A esta observacion tan clásica de cronología que proponia el gran Newton, añadia luego para corroborarla el siguiente cálculo astronómico.

El movimiento retrógrado, decia aquel hombre inmortal, que tienen los polos de la tierra, ó sea el efecto de la *precesion*, sabemos

ya que se aleja un grado cada 72 años. Sabemos tambien, añadia, que Hipparco, el primero de los griegos que advirtió la variacion de las constelaciones, computó por falta de instruccion que las estrellas tardaban cien años en un grado, por cuya razon el cálculo de Metton, tomado desde la espedicion de los argonautas hasta la guerra del Peloponeso, suponía que habian mediado 1.000 años justos, siendo así que resultaban 504 solamente, que es puntualmente lo que refiere la Escritura. Acorde la cronología de Moisés con los cálculos históricos y astronómicos de Newton, habia impuesto silencio á los incrédulos, cuando he aquí que teniendo noticia el filosofismo del Zodiaco de Denderah y del de Esne, no se ha avergonzado de volver á la palestra, hasta que por último el ilustre Champollion ha relegado al pais de las quimeras los cuentos de la incredulidad. ¿Qué diré de las bibliotecas numerosas y de las antigüedades recónditas que ofrece á nuestra vista el Indostan, y comprueban simultáneamente las verdades depositadas en la Biblia? Cuando los enciclopedistas leian en los libros santos las grandezas incalculables del templo de Salomon, la mesa de oro, el altar de oro, las lámparas, los incensarios, los candeleros de oro, las puertas de oro; cuando numeraban los zarcillos de las israelitas fundidos de órden de Aaron para vaciar el becerro de oro, preguntaban con sarcasmo y petulancia dónde estaban las artes y las minas que habian provisto á los judíos de tantas maravillas, imaginando sin duda que era una invencion moderna de Paris la fundicion de los metales; y ved aquí que acto continuo de proferir tales blasfemias se encuentran los ingleses en el Indostan con templos pasmosos por su magnitud y la preciosidad de sus adornos, con grandes y voluminosas bibliotecas, cuyos libros, facilitados á la inteligencia de los europeos por medio del dialecto *sanscrito*, han comprobado de un modo irrecusable mil testimonios de los libros santos que los incrédulos habian disputado.

Ahora bien: si en una materia puramente natural y de la esfera propia del entendimiento humano, de la que la Escritura Sagrada habla por incidencia y en el sentido vulgar de las naciones, hemos visto prácticamente lo acorde que se halla la palabra de Dios con el progreso de las luces, ¿qué de estrañar será que en los puntos enteramente morales, enlazados con los dogmas de la religion, hallemos iguales ventajas y los mismos desengaños con respecto á los políticos que se han dirigido por sus ideas sistemáticas? Los mas de estos han asegurado en sus obras ponderadas que la aparicion de Lutero, Calvino y otros heresiarcas en el teatro político de Europa, prescindiendo de su buena ó mala influencia religiosa, pro-

movió un movimiento intelectual en el espíritu humano, que favoreció increíblemente á la libertad de las naciones. Pues bien; yo sostengo ahora, con protesta de presentar pruebas irrecusables á su tiempo, que así como los impugnadores del testo de la Biblia incurrieron en los errores antes indicados, así tambien se han alucinado indisputablemente cuantos, olvidados de la perfeccion de la moral del Evangelio, juzgaron que el don de la libertad, el mas precioso del hombre en la clase de los naturales, ha provenido del luteranismo. Para mí es una blasfemia semejante aserto.

El error no ha producido ni puede producir nunca mas que escándalos y calamidades. ¿Qué ideas vertió Lutero en sus declamaciones y sus obras que le hayan merecido tanto honor de los autores? El Evangelio nos habia revelado desde su dichosa aurora, que la Iglesia de Dios estaba fundada sobre San Pedro y sucesores, y en esta fé habian vivido quince siglos los fieles, los Obispos, los Concilios generales y el universo católico, formando un redil entonces toda Europa bajo la inspeccion del Pontífice romano. Habla Lutero, y en vez de una doctrina tan pura y tan auténtica, sostiene el heresiarca que el mérito de la fé consiste en rebelarse contra la Santa Sede, y sustituir el juicio privado á la autoridad de Dios: principio tan absurdo como abominable, que multiplicó las sectas á porfia y fomentó opiniones execrables contra la Iglesia, contra el gobierno, contra la moral y las costumbres de las naciones civilizadas.

Apenas acaba de darse á conocer este heresiarca, cuando sus discípulos Muncero y Storck, gefes de los anabaptistas, predicaban en el mismo Witemberg, patria literaria de Lutero, errores todavía mas monstruosos: en seguida Ppeufes proclama el esterminio de la nobleza; Juan Mateo manda quemar todos los libros, y Juan Leiden predica la poligamia, se hace rey, y toma diez mugeres para dar ejemplo. ¿Es esto promover el desarrollo intelectual? ¿Es tal el modo de preparar la libertad de las naciones? Y á propósito de libertad, ¿qué dijo Lutero á favor de ella? Los libros santos nos habian enseñado que la libertad del hombre consiste en disponer de su albedrío de conformidad con la razon y la autoridad divina, reconociendo al mismo tiempo á nuestro Señor por autor de todo lo bueno, y á la concupiscencia por el fomes y origen del pecado. Habla Lutero, y en vez de una doctrina tan social y consoladora, establece horriblemente en su obra titulada *Siervo albedrío*, que Dios es causa del mal lo mismo que del bien, y que el hombre es un esclavo igualmente sujeto á la voluntad de Dios que á la de Satanás. Unos desvarios tan abominables han perdido ya el dere-

cho á la censura, y aun á la refutacion que ecsigen muchas veces los errores y las heregías. Pero con todo, tratándose de calificar á Lutero de móvil glorioso de la libertad, es preciso fijar un poco la atencion en la doctrina antes citada.

Un heresiarca que proclama con desfachatez que el hombre es siervo miserable de la concupiscencia, y califica de título vano el libre albedrío, ¿puede haber influido de ningun modo con tan funestos principios en el entusiasmo generoso de la libertad civil? Un heresiarca que profesa que todos los crímenes y desacatos se cometen por la voluntad de Dios, ¿puede inspirar sentimientos sublimes en los ciudadanos para refrenar la ambicion y audacia de los príncipes que atropellen sus derechos? Un hombre de máximas tan abominables, ¿ha podido nunca ser capaz de autorizar los axiomas liberales de legislacion, ni contribuir al desarrollo político, tan vigilante para castigar el crimen como para proteger la inocencia y remunerar las acciones distinguidas? Desengañémonos de una vez, y publiquemos generosamente la verdad. En los tiempos que alcanzamos, es público y notorio que las calumnias de Lutero, su lenguaje fanático y feroz y sus opiniones sobre la libertad del hombre, copia viva del fatalismo musulmán, no solo no han ejercido ningun influjo en la civilizacion europea, sino que si hubiese triunfado por desgracia la doctrina luterana, fuera bastante para trastornar todos los sistemas de moral y legislacion que hacen la gloria de las naciones modernas. Por consiguiente, los que dejándose llevar de una lectura superficial han dado grande importancia á las declamaciones de Lutero, incurrieron en una equivocacion vulgar y no se penetraron bien del espíritu dominante de aquel siglo, pues á poco que hubieran reflexionado encontrarían en su série cronológica de la historia, que Lutero no arrastró en un principio sectarios en pos de él, que sus libros fueron perfectamente refutados, que su obra maestra de la Biblia fué quemada en público, y últimamente, que tuvo por competidores al sastre Becold y al panadero Juan Mateo, que le disputaron á palmas el terreno de sus conquistas heréticas.

No me arguyan con autoridades; se acabó el tiempo de guardar respeto á los antagonistas de la religion. Bien sé que sentando en una mesa á Lutero, Melancton, Calvino, Bayo, Jansenio, y en otra á los incrédulos Baile, Collins, Toland &c., hasta entroncar con la funesta línea de los enciclopedistas, todos á una voz, sin la mas pequeña diferencia, convienen en designar á los Papas como el centro de la esclavitud que infama al género humano. Los hereges, fecundos en espresiones audaces y al mismo tiempo bajas, de-

nominan al Papa lobo voraz, la bestia del Apocalipsis, y así por este estilo; mientras que los filósofos, no menos enemigos de la Santa Sede, aunque mas cultos en su esplicacion, honran al Papa con el título de padre de la esclavitud, y se esfuerzan en persuadir que la religion católica es la favorita de todos los tiranos. Pero tambien sé, que para confundir á los sofistas de una y otra clase, no se necesita mas que ponerles delante de un mapa geográfico con un puntero en la mano y decirles que señalen los gobiernos despóticos de Europa, á lo que tendrán que corresponder designando la Prusia, Dinamarca, Suecia y el vasto imperio de la Rusia, separados de la Santa Sede. ¿Qué demostracion mas palpable y decisiva?

Es necesario que abramos ya los ojos. El luteranismo se introdujo en los Estados de Alemania como factor del despotismo. Lutero, segun llevo ya observado, apenas habia grangeado partidarios y ya estaba próximo á perderse miserablemente, cuando, conociendo el flaco de los príncipes de Alemania, publicó su célebre libro del *Fisco comun*, y al momento arrastró tras sí un séquito numeroso y principió á campear con fama y nombradía. A la sazón muchos de aquellos príncipes, abrumados de deudas, sumergidos en los vicios, y ansiosos de estender su predominio, tendieron la vista por las opulentas y espaciosas posesiones de los monasterios de Alemania, sus magnificas casas, alhajas y preciosidades, y contemplando en las opiniones de Lutero el pretesto mas aparente para verificar la usurpacion, le proclamaron por su oráculo. Desde aquella época el lenguaje blasfemo y calumniador del heresiarca les pareció culto y elegante: su trato familiar con el diablo, de que se precia tanto en sus escritos, le consideraron como un golpe de genio, y el dogma infernal que publicaba de que no se necesitaban buenas obras para salvarse sino tan solo una fé explícita en los méritos de Jesucristo, le graduaban como una inspiracion del cielo.

Jamas se ofreció el despotismo tan accesible á los príncipes como en aquel momento. La moral de la religion católica, sentada sobre la base de la palabra de Dios, guardaba á cada clase los derechos imprescriptibles de la justicia universal, y era un freno saludable que contenia los gobiernos y los reyes. Pero luego que los príncipes se escudaron en las máximas de Lutero, atropellaron todas las leyes, todas las costumbres, todos los ritos, todas las tradiciones, y arrojándose sobre las propiedades de la Iglesia, mancharon el nombre Real con el pillage, é incorporando la potestad eclesiástica á la soberanía del imperio, sentaron el sόlio sobre el despotismo.

Esta verdad ha quedado ya tan indisputable, que el calvinista Guizot, en sus investigaciones sobre la civilizacion de Europa, no puede menos de aseverar en la leccion doce, que el influjo del protestantismo no se dirigió de ningun modo á la libertad ó forma de gobierno; pues antes por el contrario, lo dejaba todo subsistir segun lo habia hallado. Esta declaracion explícita de Guizot es importante; pero aunque parece tan sumisa y complaciente, está llena de falacia y escige una aclaracion: he aquí todo el disfraz. Advertido Guizot por esperiencia de que los gobiernos cismáticos y protestantes son los únicos que ejercen impunemente el despotismo, sin escepcion de Inglaterra (aunque por el carácter de su gobierno forma causa aparte), se propuso, para escusar á los sectarios el oprobio de su situacion, eludir la cuestion política de la libertad civil y ceñirse á las ideas puramente religiosas menos accesibles al conocimiento general de sus lectores; pero su artificio es tan trivial, que se necesita haber perdido la memoria para caer en la sorpresa. Mas de doscientos años há que todos los actores protestantes, sostenidos últimamente por los filósofos incrédulos, insultan á los católicos calificándolos de esclavos y serviles, y proclamando constantemente que la Iglesia católica está amoldada para esclavizar á los pueblos y mantenerlos en la opresion mas vergonzosa.

En este supuesto, no sufraga ahora que Guizot mude de tema simultáneamente y se acomode á una transacion con el catolicismo, desentendiéndose de la libertad civil, sino que debe cantar la palinodia y profesar espresamente que Lutero y otros heresiarcas han introducido con sus opiniones el despotismo en los países protestantes, por haber unido en aquellos principios la autoridad eclesiástica con la real, por haberles autorizado el saqueo y el pillage y haberles quitado el freno de la religion, sometiendo la moral á sus pasiones. ¡Y pluguiera á Dios que tan fatal influencia se hubiera limitado á aquellos pueblos! pero por desgracia nuestra se propagó tambien, bajo cierto aspecto, en la católica España.

Con el objeto de entendernos bien y fijar esactamente el sentido de una palabra que hace el fondo de este escrito, yo llamo despotismo el desacato que se arroga un gobierno para infringir y atropellar las leyes y cánones fundamentales del Estado y de la Iglesia. Esta definicion breve y terminante no se parece verdaderamente á las que han dado hasta ahora muchos escritores; pero no por eso dejará de resolver todos los casos. La forma del gobierno á la que regularmente aplican la palabra *libertad y despotismo*, no guarda ninguna condicion, no satisface ninguna duda, y antes bien representa una invencion equívoca que no puede servir de norma.

La definicion antedicha es mas justa y tambien mucho mas segura: mas justa, porque repugna á la razon y á todos los principios de moral que se gradúe de déspota á un monarca como San Fernando, San Luis, Alfredo &c., sin mas motivo que el de gobernar bajo su propia responsabilidad, á pesar de que dirigiéndose siempre por la luz de su conciencia y la pauta de las leyes empleasen todo el curso de su vida en promover la felicidad de la monarquía; y repugna igualmente á la razon, que el gobierno de un rey como Enrique VIII, oprobio de la humanidad, entre en la categoría de los gobiernos libres porque estaba asistido de los parlamentos.

Mas segura, dije tambien, y me fundo en que cuando los pueblos viven persuadidos de que el despotismo consiste en violar las leyes fundamentales del Estado y de la Iglesia, conocen al instante el primer paso atrevido de un rey tirano, y oponen una pública y general indignacion que acaso les detiene en la carrera; siendo así que cuando se ha llegado á hacerles creer que la libertad estriba en la forma democrática del gobierno, aunque vean conculcados todos los principios de legislacion y la moral y cometerse atrocidades iguales á las de Robespierre, claman al mismo tiempo "viva la libertad," reputándose por libres. Se me permitirá haberme detenido algun tanto en esta esplicacion, en atencion á que siendo mis ideas diferentes de las profesadas en la materia por los publicistas, era preciso manifestar esplicitamente el sentido que doy á la palabra despotismo, antes de entrar en el ecsámen de su introduccion en nuestro suelo.

ARTICULO II.

Cárlos I y toda la dinastía austriaca.

La España, hasta la aparicion de Lutero en el teatro político de Europa, descansaba pacíficamente en la autoridad de sus augustos reyes, en la piedad consoladora de su Iglesia, en el respeto y poderío de sus esclarecidos próceres, y en la cooperacion fraternal de todas las clases del Estado, las que mejorándose progresivamente, iban adelantando en proporcion de las luces y circunstancias de cada siglo. Entre la gran variedad de clases que comprendia la nacion, no desconozco que ecsistian muchas que no participaban de las ventajas de las otras; pero ademas de que este problema siempre queda en pié en la parte sustancial, hágase lo que se quiera, ocurre al instante la respuesta, que todas las personas y sus diferentes gerarquías contaban satisfechas con el apoyo de las leyes

fundamentales del Estado y de la Iglesia. Esta garantía, ya que es preciso hablar con claridad, vale mucho mas que el título quimérico de ciudadano, cuando á pesar de esta palabra fastuosa reina el despotismo en el gobierno. En aquella época de que estoy hablando, todo español podia echar su vista sobre el teatro de su patria, recapacitar en su interior lo que mas cuadraba á su genio y naturaleza, emplear sus caudales y talentos en lo que cifraba su esperanza, abrazando el comercio, la industria, la carrera de las armas, la civil ó la eclesiástica, bien seguro de que las leyes fundamentales del Estado podian servir de base á sus cálculos y juicios. Esta garantía, vuelvo á decir, vale mucho mas de lo que se piensa, pues encierra el porvenir del hombre y le proporciona una ocupacion mental nunca interrumpida, un entretenimiento continuo con sus amigos, sus hijos y su familia, y constituye el placer inocente de su vida. Sea el gobierno de uno ó de trescientos, mientras las leyes y cánones fundamentales afianzan la libertad y el porvenir de las personas, no ha habido ni habrá nunca despotismo; y por el contrario, la tiranía se presenta con todo el horror de su figura en cuanto ecsiste un poder que atropella esta barrera.

Segun la antecedente observacion, hemos visto que España, gobernada por sus leyes fundamentales, civiles y canónicas, caminaba progresivamente á la perfeccion de sus instituciones, sin que nada se opusiese á su magestuosa marcha; pero desde el advenimiento de Cárlos I, cuyo reinado coincide con la época de la heregía de Lutero, principió á resentirse el sistema ministerial de la nacion de un despotismo que siempre ha ido en aumento. Sensible me es haber de censurar un monarca tan escelso como Cárlos I, al que no solo nuestra patria, sino toda Europa, debe de justicia el tributo de sus alabanzas y el principal influjo de la civilizacion; y tanto mas cuanto que el siglo de Luis XIV, tan fecundo en escritores clásicos, parece que se conjuró para oscurecer la gloria del vencedor de Pavía. La influencia de los escritores franceses ha sido tanta, que á pesar de llevar en sus plumas el indicio evidente de la envidia mal disimulada en sus calumnias, y á pesar tambien de haber sido vindicada la memoria del príncipe por Sandoval y otros historiadores nacionales, casi fué preciso que el ilustre Robertson tomase por su cuenta desvanecer las imposturas de los extranjeros, para que Cárlos I representase en la posteridad el papel que le corresponde de justicia. No hay español que no se llene de gozo al ver su ínclito monarca, tan pronto en Madrid como en Londres, Roma, Paris, Nápoles, Viena, y al observar las armas de Castilla marchando en triunfo hasta el Danubio; asaltar despues en